



## Creación literaria.



### Tabla de contenido.

#### ● Poesía

- Patricia Schaefer Röder
- Guadalupe Ángeles
- Arantza Sánchez
- Yuli Cruz Lezcano
- Cristina Gutiérrez Mar

#### ● Narrativa

- *La hija pródiga.* Juan Pablo Goñi Capurro
- *Emigrantes.* José Manuel Casillas Sánchez
- *Fábula náutica.* Giuseppe Gatti
- *Dioses y hombres.* Laura Jaqueline Serrano Conrique



## POESÍA

Patricia Schaefer Röder

### TAUTOSIGLAMA

Un **tautosiglama** es un tautograma compuesto en el que las palabras que lo constituyen comienzan con las letras del título escrito en forma de siglas, en el mismo orden que llevan. El título del tautosiglama representa el tema que se desarrolla en el texto, y por su naturaleza acrónimo, las letras del título van separadas por un espacio.

© Patricia Schaefer Röder, 8 de mayo de 2011

### MAR

Melvin, artista real; me atas risueña mientras alabas raras mantas acuáticas, rojas, monocromáticas, arregladas raudas. Me anticipas regresar mil años rumbo mares atascados, rabiosos. Moriría ardiendo rancia melaza azul, rota, mutilada, arrojada, refluida. Mimetízate, Ángel; regresa muy altivo, renacido, moviéndote al ritmo marino, acuático, rodante. Mi amigo robado, Melvin, alias Romeo, mi Ángel rey: mis arrogantes relevos metafóricos andan redoblantes, mercenarios, acelerando, revirtiendo mareas ante rompeolas masivos. ¡Adelante, rujan maledicencias a resentimientos muy ácidos, rencores mediocres, anticuados, retrógrados; meras aguas rastreras motivadas al reflejo moribundo, abismal, rancio! Mis angustias resabidas marcarán apoyo resistente, muy avanzado, robusto. Millas acuáticas recorreré mareada ante resacas mayores al regresar, marimorena aguerrida, riña metafórica antagónica rendida. Melvin, Ángel: rayen mares altos, regios; mas ámense recíprocamente mil años repetidos. Mi añoranza



recae meditada, abalanzada, renacida, mientras adelanto regocijada, Melvin, alias Romeo, mi Ángel rey: mis amigos románticos.

© PSR 2019

## Guadalupe Ángeles

### APRENDIZ

Regulé la temperatura de mi cuarto hasta entender la forma que debía caracterizar a las mariposas invertidas en la bolsa de valores.

Comprendí mi cuerpo como una pared  
a mis rodillas y codos como goznes de una puerta.  
experimenté lo profundo en, exactamente ¿cuántos minutos?  
de recorrer en el pensamiento kilómetros y kilómetros de la muralla china.

Jugué a las piedras con mis amigos  
quien fuese traicionado por el primer parpadeo  
debía comerse una mosca  
fui de esa manera vuelos muertos  
dulces maldiciones a la lluvia  
pretendí devorar las millones de formas de mirar  
pero ni una infección estomacal gané.

Robé palabras



pues no sabía que me echaba a la bolsa murmullos de hospital  
remordimientos de todos los colores  
asombros adolescentes y desdentadas certezas  
que reían en la oscuridad luciendo sus abismos.

Decir que comprendí mi cuerpo como un arma  
es demasiado decir  
más bien experimenté la respiración de un árbol  
tomando la posición de una puerta que nadie golpeó,  
era tan conmovedora la suavidad de mi madera  
pero confieso que tuve miedo  
pues ni un centenar de atardeceres grises  
pudo prepararme para enfrentar el deseo,  
la mirada que decía:  
“¿Puertas? ¡No!  
Esos ojos no son goznes  
en tu piel el frío desmiente tu voluntad  
de simple objeto,  
tu ombligo no es una cerradura  
el vacío que finges en tus ojos no es ningún paisaje venusino”.

Y aunque no tuve el valor para ofrecer mi cuerpo  
como lienzo donde cualquiera dibujara con cuchillos  
estuve presente con la mirada ávida de eternidad  
presto a la venganza si fuera necesario  
o gritaría a todos que aquello era mentira  
pues nunca pude pensar verdaderamente como pared ni como puerta



el temor a los comejenes nunca fue superlativo  
no temí a los portazos  
como a las cortaduras  
mi sangre vegetal no pudo abrirse paso  
entre los colesterolos bueno y malo  
y si bien es cierto pude entregarme a la piedad de otros  
no estuve totalmente ahí  
cuando el asesinato me rondaba igual que un perro incontinente  
se acerca a un árbol sin ninguna idea en específico  
sólo con su cuerpo animal y sus pulsiones.

Confieso que aunque troté muerta de frío  
no pude ir más allá  
todo en mi mente eran frazadas y platos de sopa caliente  
no aprendí jamás a ser otra cosa que un cuerpo  
y aunque la maestra se esforzó  
y humildemente me inyecté lo que me dijeron  
no puede sacar de mí las ciudades chinas  
que doradas me abrazaban cuando caminaba en el espacio oscuro de mi mente.

Soy todavía las veinte uñas con las que nací  
mi pensamiento sigue siendo un acantilado  
y aunque sigo usando el lenguaje y los rastrillos  
no puedo ocultar que en mis falanges  
se dibujan cada tanto paisajes prehistóricos  
pero los evaporo (eso sí aprendí)  
con un leve movimiento  
que quienes me vieran haciéndolo  
dirían que acaricio levemente la aleta izquierda de mi nariz



Eso es todo, algunos dirán que es mucho, yo digo que no.



## INSATISFACCIÓN

Cobrar conciencia de la realidad, ésa es la consigna:

Olvidar:

“En la vida material que sueño no hay dioses,  
ni tormentas eléctricas, ni abrazos forzados”.

Plantarse con mirada adulta en el quicio del futuro,  
¿quién abre la puerta a la desesperación si puede elegir aspirar el aire  
de jardines de serenidad?

Los locos,  
los enfermos de soledad,  
aquellos que piensan el mundo de manera infantil  
donde cada necesidad tiene su satisfactor,  
los que no han aprendido a decirse “no” a sí mismos,  
los que ambicionan un mundo de perfección deslumbrante  
e imaginan que es preciso romperse la cara cada tres días  
para constatar la propia existencia.

Ellos, sentados bajo un árbol de espeso follaje, podrían invocar a la sabiduría eterna que late en la música de los cuerpos celestes, pero no, semejantes a olas, repiten el mismo movimiento hacia las arenas de la desdicha.



**Arantza Sánchez**

## Carta a Dios por una pecadora

Ven, Señor, y quita esta piedra de mi camino;  
quita estos pensamientos pecaminosos  
para que mi madre me ame.  
Cúrame, Dios, para que tú me ames.  
Te lo ruego, Jesús.

**¡Aquí estoy!**

Aquí estoy arrodillada  
delante de tu sagrado altar.

Te pregunto, Señor,  
¿es peor amar a otra mujer  
que perdonar al prójimo que viola  
que abusa  
que maltrata  
que violenta

solo porque va a misa y te adora?

¿Acaso no te es suficiente,

*oh Dios todopoderoso y benévolo,*





verme aquí, en el piso sucio,  
con el filo en una mano,  
y en la otra el río de mi sangre,  
proveniente de este cuerpo manchado por el pecado?

Y mientras en mi cabeza resuena,  
como un eco,  
la voz de mi madre:

enferma

enferma

enferma

enferma

Me pregunto, Señor,  
si valdrá más morir honrada  
que vivir odiada por mi familia.

Si tu amor fuera incondicional,  
no me tendrías así:  
    medio muerta, medio viva;  
que me habrías curado sin pedir algo a cambio.  
O a lo mejor no hay nada que curar  
porque mi amor no es pecado como ellos gritan.  
Pero, si así fuera,  
    ¿por qué me has condenado sin saber quién soy?



**Yuli Cruz Lezcano**

## In una città di signore

In una città di signore  
di servi cerimoniosi,  
fare e disfare dà pace  
e sensazione di esistere.

Abbaia un cane e la radio,  
la luce di giugno ci affoga  
una carcassa di latta  
segue un'altra carcassa.

La vita sembra una fune  
sempre disposta a strozzarti,  
guardati intorno e vedrai  
gente che inciampa e saluta.

## En una ciudad de damas

En una ciudad de damas  
de sirvientes ceremoniosos,  
hacer y deshacer da paz  
y la sensación de existir.



Un perro ladra y la radio,  
la luz de junio nos ahoga  
un carcasa de estaño  
sigue otro cadáver.

La vida parece una cuerda  
siempre dispuesta a estrangularte,  
mira a tu alrededor y verás  
gente tropezando y saludando.

## "Una voragine il tempo

Una voragine il tempo  
e camminiamo sull'orlo  
a passo di ballo, distratti  
da cento pensieri meschini."

## "El tiempo una vorágine

El tiempo una vorágine  
y caminamos al borde  
bailando, distraídos  
de cien pensamientos mezquinos."

## "Amore puoi anche ridere

Amore puoi anche ridere  
si ride spesso di niente



un tale che conoscevo  
rideva per dimagrire.

E si gonfiò per anni  
di abbondanti risate  
ogni giorno  
con le lacrime agli occhi."

## "Amor, puedes también reír

Amor, puedes también reír.  
muchas veces nos reímos por nada  
alguien que conocía  
se reía para bajar de peso.

Y se hinchó durante años  
de risas abundantes  
pesándose cada día  
con las lágrimas en los ojos."

## "Come un albero saggio

che non muore e non vive  
sei d'ingombro a chiunque  
la tua ombra non piace.

Delicati di bocca  
grossi bruchi ti spolpano,



è un piacere da saggi  
il sentirsi mangiato."

## "Como un árbol sabio

que ni muere ni vive  
eres un estorbo para cualquiera  
tu sombra no le gusta a nadie.

Delicadas en boca  
grandes orugas te descarnan,  
es el placer de los sabios  
sentirse devorado."

## Il tuo universo è un occhio

Il tuo universo è un occhio  
presbite e curiosissimo  
stare fermo non può  
a meno che non dorma.

E la tua vita brucia  
maliziosa negli occhi  
mentre il mondo consuma  
anni e maledizioni.

## Tu universo es un ojo

Tu universo es un ojo



hipermétrope y muy curioso  
no puede quedarse quieto  
a menos que esté dormido.

Y tu vida arde  
maliciosa en los ojos  
mientras el mundo consume  
años y maldiciones.

## Guardavamo la neve nel cortile

Guardavamo la neve nel cortile  
i pagliai incrostati di ghiaccioli  
un passero a beccare il poco o il niente  
di un davanzale spoglio  
mentre mani tastavano gelose  
trappole arrugginite, vecchi guanti  
rimasugli di vischio.  
Era neve fuliggine, la vita ai primi passi...

## Mirábamos la nieve en el patio

Mirábamos la nieve en el patio.  
los pajaros incrustados de carámbanos  
un gorrión picoteando el poco o la nada  
de un alféizar desnudo  
mientras unas manos celosas sentían  
trampas oxidadas, guantes viejos  
restos de muérdago.  
Era nieve y hollín, la vida en sus primeros pasos...



## Anna, ho comprato un pezzo di terra,

ho un cavallo, una frusta e sollevo la polvere  
e chiamo il vicino e gli tocco la spalla.  
Oppure un altro, un sogno più piccolo,  
io e te insieme abitiamo una stanza  
e abbiamo vetri contro il vento e la pioggia  
e un cuscino un pò grande che basta per due,  
guardami in faccia ho gli occhi castani.

## Anna, compré un terreno,

tengo un caballo, un látigo y levanto polvo.  
y llamo al vecino y le toco el hombro.  
O tal vez otro, un sueño más pequeño,  
Tú y yo juntos vivimos en una habitación  
y tenemos cristales contra el viento y la lluvia  
y una almohada un poco grande que basta para dos,  
mira mi cara tengo los ojos marrones.

## Il prossimo, cioè chi passa

Il prossimo, cioè chi passa  
bello brutto, quel tale  
che i piedi piatti e un cane  
che abbaia come una vecchia



un tram che carica e scarica  
quintali di teste e di gambe  
-dare un soldo per ogni pensiero  
sarebbe aprire una banca-

un naso che fiuta affari  
e si lagna da un raffreddore  
-la fortuna è stitica - brontola  
un lunatico bevitore

un occhio che sembra aprirsi  
sui glutei di un manifesto  
e oltraggiato discende e trova  
piedi che appena lo reggono

mentre a detta delle statistiche  
l'aria che respiriamo  
ci accorcia la vita e il senno  
anche quando ridiamo.

## El siguiente, es decir, el que pasa.

El siguiente, es decir, el que pasa.  
hermoso feo, ese tipo  
que tiene los pies planos y un perro  
que ladra como una vieja  
  
un tranvía que carga y descarga





toneladas de cabezas y piernas  
-dar un centavo por cada pensamiento  
sería abrir un banco-

una nariz que huele negocios  
y se queja por un resfriado  
-la suerte esta estreñida - refunfuña  
un bebedor lunático

un ojo que parece abrirse  
en las nalgas de un cartel  
e indignado desciende y encuentra  
pies que apenas pueden sostenerlo

mientras que según las estadísticas  
el aire que respiramos  
acorta nuestras vidas y nuestra inteligencia  
incluso cuando reímos.

## Parliamo lingue diverse

Parliamo lingue diverse  
usando la stessa lingua,  
tu col furore del mistico  
io tutto dubbi e prudenza.  
E a volte ci sembra logico  
fare un po' di teatro,  
tu suonando grancasse



io con gli orecchi tappati.

## Hablamos diferentes idiomas.

Hablamos diferentes idiomas.

usando el mismo idioma,

tu con la furia del místico

yo lleno de dudas y prudencia.

Y a veces nos parece lógico

hacer un poco de teatro,

tú tocando el bombo

yo con los oídos tapados.



## Cristina Gutiérrez Mar

### Doble cierre

Ya no puedo perder el tiempo  
por eso lo traigo conmigo  
dentro del bolsillo de mi falda  
con doble cierre  
y candado para oportunistas.  
La llave palpita  
entre comillas  
de un poema inédito.

### Día de jardinería

Moví las flores de sitio  
incluso las regué con agua de mar  
de la tierra surgieron peces  
raíces de coral se hilvanaron en mi pelo  
me enredé con una ola  
quedé zambullida en otra realidad.  
Se reseteó la esperanza.

### Relación gramatical

La gramática es perfecta.  
Nuestro verbo es entrar  
el adverbio dentro  
la preposición de



y el espermático pronombre mí.

## Botón de pánico

No logró recordar mi futuro  
pero desde que descubriste  
el lunar en mi seno izquierdo  
y lo besaste tan amorosamente  
lo utilizo como botón de pánico.  
Aprieto y el corazón se reinicia.

## No saber existir

Cada vez que abro la ventana  
me golpea en la cara una presencia intemperial  
absurda sensación donde mi vista se decolora.  
Asusta pensar amanecer en una dimensión distinta  
porque el don del sueño se siente realidad  
[el sol se apaga pero no quema  
el viento muere y danza al mismo tiempo.]  
La miscelánea de intemperies resalta lo nómada  
que soy en conciencia  
por eso mirar es no saber existir.  
Cómo llegar al germen poético de la creación.  
Cómo conocer las similitudes y diferencias entre Dios y yo

*La poesía es el germen de la creación.*

José Eugenio Sánchez



si todo cambia, se trasversa, revolotea y se hibridiza.

Duelen los ojos y yo estoy cansada  
de observar la desestabilidad natural.  
Creo que soy solo un eco.

## Lugar común

Eyaculo histeria frente a la hoja vacía  
mientras el tiempo teje catástrofe en puntos suspensos  
papel que grita enmudecido  
suspiro sílabas al aire  
enroscó al cuello una vocal redonda  
el destino es el narrador  
yo solo soy el lugar común.

## Navío travieso

Mis labios  
un navío travieso  
que sobresale  
entre los arrecifes  
en posición y listo  
para zarparte un beso.

## Al sol tropical

Dilúyeme en mar de ti  
para después secar mis ganas



en tu piel arena  
con la osadía de tendernos  
al sol tropical mañanero  
por una noche playentera.

## Soy el cuento de nunca acabar

Estoy hecha de pedacitos de papiro  
cada página caligrafía mi tiempo  
donde con plumas multicolores he escrito  
sobre una cometa desgastada al vuelo.

Pienso que soy el cuento de nunca acabar  
de un sur para acá arranco las hojas  
para reconstruirme con adhesivo  
porque en un futuro seré papalote  
así el viento poemará mi existencia.

Llegó el turno de invertir los papeles.

## Ansiedad pluvial

Mi corazón no bombea sangre  
palpita flores  
es un jardín botánico  
siempre llueve  
no tengo quién lo pode



tal vez por eso me enredo  
entre maleza y raíces  
con hormigas cosquilleando  
ahora entiendo la palpitación  
se aproxima un tsunami cardiaco.

## Mermelada de poesía

Compré un kilo de poesía  
la coloqué en una canasta  
tal vez haga mermelada  
no sin antes exprimir  
algunos versos a la nostalgia.  
Preparé mermelada entre una sílaba mañana  
la unto en una rebanada de rutina tostada  
el reloj versea el tiempo con cada mordida  
quedo embarrada de lengüística.

## La psique zumba

Mis latidos guardan la palabra  
flora con huellas del verbo  
en todas sus conjugaciones  
soy afirmación cósmica  
un misterio ser tripartito  
copulativa al tres por uno en envoltura  
espíritu dentro del alma  
mi alma dentro de la carne



y voy trazando un corazón de seda  
que hechiza un intenso néctar  
del para qué estoy aquí ahora  
la psique zumba repleta de contrariedades  
despierto abejas que pican mi consciencia  
y recuerdo la palabra es creación el origen  
enjambre de poesía infinita seré  
incluso en mi fértil muerte.

## Clonazepoem 2.5 mg/ml

Desordenamiento del caos  
rutina imparable  
taquicardiaca producción  
subyacente oscuridad.  
En el revoltijo del botiquín  
aparece la luna nueva  
única terapia introspectiva  
y de conciencia  
es la vieja sabia, uterina  
receptora con designio analgésico.  
Gota a gota, hipnótica ingesta  
viaje líquido y panorámico  
hacia la química del cerebro:  
lo negroide se alumbra  
el exceso disminuye y los intrusos  
huyen despavoridos de la mente.  
Queda el desgaste emocional





números en rojo  
bancarrotas pero el astro brilla  
la angustia colapsa  
se regresa a la complejidad habitual  
con deseo ilustre de comerse en turno  
al mirífico sol a mordidas.

## Tu coma en mi punto de equilibrio

Intuí tu lenguaje cuando me estrellé en tu silbido  
mezcla masticable que gira en un carrusel  
donde la gramática desabotona cada hueso adverbial.  
Me gusta la idea del presente infinito  
le quedas a mi boca y desatas calma en mi cabeza de vértigo.  
Tiemblo de verbos cuando colocas tu coma en mi punto de equilibrio  
abres las mañanas con trazos lentos  
levitas en cada una de mis vocales.  
Y en mis muslos diseñas la portada de memorias  
que leeré en un futuro como una minificción  
cuando debería de ser toda la novela sin editar.

## Loción del tiempo

Perdí la loción del tiempo en un reloj cuando miraba las manecillas en delgadez. Marcaba un mediodía sin perfume de rosas. No recuperé las horas mal gastadas, sin embargo, días después encontré la noción de 60 ml Aires del tiempo de Nina Ricci en la frase icónica con descuento que decía: No puedes volver a ayer porque eras una persona diferente entonces. Hoy mi presente huele a viento floral y no uso reloj.



## Orgasmos mentales

Confieso orgasmos mentales si escribes con impecable ortografía. Las neuronas se hinchan y la humedad transita hacia mis labios para deletrear un lenguaje prosístico. Estilo y moda desenfadada en la escritura es mi *look* favorito.

Si apareces así, te quito la camisa con besos editoriales, para luego borrar cada milímetro de ganas que me tienes. La rima solo contra ti, mientras la metáfora dirige el ensayo en tu vaivén en manuscrito; porque al final del líquido textual, la palabra escribir porta el diminutivo de mi nombre propio.

## Mordiendo mi verbo

El octavo día se le escapó a Dios. Yo lo recuperé: es un infinito horizontal, es la pieza del tiempo, no de la creación. Por eso escribo. El movimiento eterno me inquieta, empujo al sol cada tarde; prefiero la noche en papel con su misterio gozoso y el dolor de la luna pariendo luz. Exceso poético gime mi deseo, golpes de pecho, gula escritura, lujuria *copy right*, líbrome del mal, amén.

## Del verbo ferrocarrilear

Con miles de vías trazadas en papiro y tinta de carbón, el ferrocarrilear se volvió parte de mi embalaje. Soy una viajera con consigna de edición. No me refiero a que el ferrocarrilear sea un pasatiempo: es el tiempo que pasa por mí.

Debido al vapor perfumado de gardenias que se cuele entre rendijas, se me nubla la vista y, sobre la ventanilla, dibujo aves y olivos en los paisajes áridos. Pocos pasajeros saben que la fantasía emerge del espíritu donde el origen palpita para embellecer el itinerario del propio viaje.

Celosamente, es el tren quien me espera impaciente cuando tardo demasiado en alguna estación, incluso me silba coqueteando mi irremediable voluntad. Es tan caballeroso que me reserva, sin costo extra, una



ventana limpia, porque inclusive sabe que cuando algún pasajero me invita un café expreso, es un hecho que surgirá un beso. Me gusta cuando el cristal se empaña porque estoy como difuminando la añoranza del pretérito.

Lo mío es ferrocarrilear, a veces lento, a veces a alta velocidad; también decido centrarme en mi eje y visitar distintos vagones, porque no siempre la dicha se encuentra en las estaciones, sino en el interior del tren.

Viajera me nombro, aunque nunca se sabe, tal vez en algún andén alguien me esté esperando con un cartel donde venga escrito mi nombre.

## Diosa

Entonces salí al jardín en plena madrugada, recolecté un puñado de hojas, tierra y humedad de mi piel. Formé unas piernas, brazos, senos, amplias caderas y un rostro femenino. Después recogí algunas bugambilias y margaritas. Elaboré una corona con distintas tonalidades. Le di vida besándole la frente. Lo nombre Yahvé, corrijo, Yahvélla (YaBella), mi Diosa.

## Soy una Nadie

*Soy Nadie. ¿Y tú, quién eres?*

*¿Nadie, también?*

*¡Somos dos, entonces!*

*¡Calla!, podrían descubrirnos.*

Emily Dickinson

Soy una Nadie, un ser que nació al reverso de la escritura, que lloró por primera vez al enredarse en palabras comunes.



Soy una Nadie que de niña poetizaba paisajes repletos de guiones al vuelo y que soñaba con viajar en una nave espacial de versos.

Soy una Nadie que aprendió a reparar su sintaxis de desilusiones al coser libros para no perder el hilo de la vida.

Soy una Nadie de tipografía botánica que cambia de color con cada estación hormonal y efervescente.

Soy una Nadie que se caligrafía construyéndose entre las hojas del cuaderno, de las hojas de su árbol genealógico y de las hojas que caen en el trazo del camino.

¡Qué ordinario ser Alguien! Soy una Nadie y me encanta.



## La hija pródiga

*Juan Pablo Goñi Capurro*

*Argentina*

*juandeolavarria@gmail.com*

La visita a la farmacia le ha quitado buena parte del entusiasmo que trajo en las maletas. Que las colas, que las firmas, que las recetas, que las verificaciones de la obra social, una interminable serie de requisitos debieron cumplir cada uno de los que fueron atendidos; dos horas le insumió adquirir los medicamentos prescritos a su madre. Monta al coche, la bolsa que carga parece la de las compras del supermercado. Dedicar un insulto a sí misma por haberse ofrecido a ir por ellas; se avergüenza de inmediato, Martina tiene que pasar cada mes por esa tortura burocrática, administrada por empleadas frías como la cerveza que beberá en minutos. ¿Cómo hace su madre para arreglárselas con todo? La farmacia, los impuestos, los servicios, las comidas, la ropa. Menos mal que se le ocurrió venir para los setenta; aún no puede creer que haya aceptado celebrarlos. Perderá una semana de vacaciones, pero su madre lo merece. Desde la muerte de Esteban, no le conoce una alegría. Cinco años sin el hijo que planeaba acompañarla en su viudez.

La cerveza está fría, colocar un pack en la heladera fue la primera ocupación a la que se dedicó cuando pisó los mosaicos grises —después de saludar a su madre, que la recibió cual hija pródiga—. Sobre la mesa de la cocina, se destaca el listado de preparativos, escrito en el dorso de la factura del gas. No alquilarán un salón, mamá quiere dar vida a la casa. A ella no la convence; los invitados no son tantos, pero si la lluvia les niega el patio, estarán amontonados en la sala y en la cocina. La lista tiene varias cosas tachadas; lee mesas, manteles, luces, entre las tareas cumplidas. Se pregunta cuándo su madre consiguió todo eso. A continuación, se pregunta dónde se ha metido. Sale al patio. Está junto al rosal, de sombrero



panamá y tijeras de podar; habla con un hombre joven. Lo reconoce, Gabriel, el mejor amigo de su hermano.

—Paula, querida, ¿conseguiste todo?

Paula da los buenos días, Gabriel inclina la cabeza; tiene varias ramas cortadas en la mano.

—No sé cómo hacés esto todos los meses, mamá.

—Yo no lo hago, se encarga Gabriel.

Un tanto ruborizado, el muchacho mueve las manos, quitándole importancia; debe andar por los treinta y cinco, como andaría Esteban, calcula Paula.

—¿Viste la lista? Ya tenemos las mesas para el patio, las luces y...

—Los manteles, Martina. Y hoy el cura me confirma si me puede prestar las sillas que nos faltan.

Martina sostiene con fuerza la tijera; aprieta, cae otra rama que rompía la perfecta simetría del rosal. Paula siente una puntada; los celos le brotan, espontáneos.

—Bueno, siento que vine de gusto, si Gabriel hace todo...

—¿Cómo de gusto, hija? Ni loca celebraba los setenta si vos no venías.

La hija bebe, Gabriel se agacha y recoge la rama podada, la une con el resto. Martina camina hacia el siguiente arbusto, Paula y Gabriel van detrás, como en procesión.

—Yo sé que estás muy ocupada. Y lejos, viviendo tu vida, como debe ser.

Paula analiza la voz, busca cuestionamientos en ella; Martina no parece juzgarla, remarca lo inevitable.

—Pero no tienes que preocuparte. Acá estoy bien, hija, tengo las amigas, y Gabriel, que pasa siempre por si necesito algo.

Paula acaba el contenido de la lata; las reiteradas menciones a Gabriel la están molestando.

—Faltaba más, Martina, toda la vida he pasado por tu casa.

Debe ser así; ella lo recuerda de quinceañero, después marchó a la facultad, y el tiempo pasado en el pueblo durante las visitas fue poco. Carece de elementos para rebatir la frase.

—El amigo de siempre, claro —dice Paula, por decir algo.

—Me sobra tiempo, estoy soltero, ¿cómo no venir a acompañarla un rato?



Acompañarla, ha dicho; no ayudarla con las compras y esas cosas, acompañarla. Mientras bate las hojas de la tijera, Martina habla, casi recitando.

—Es bueno tener para quien cocinar, no me dan ganas de hacerlo para mí sola. Y comer de a dos es otra cosa, ¿no? miss amigas siguen casadas, nos reunimos, pero, cada tanto, tienen que atender a sus hombres.

Paula siente palpitaciones en la sien; le cocina, ¿qué más hace para Gabriel? La habitación de Esteban no se la ha dado, tampoco la que era suya; ¿qué otra ventaja le concede? Ha comprobado que las tareas de las que se encarga no son sencillas, ella no las haría por una comida diaria, si es que llegan a tanto; ¿qué ventaja obtiene Gabriel?, ¿la timará en las cuentas?

—Llevo las ramas a la leñera, Martina.

Gabriel va con el manojito hacia el otro costado de la casa. La propiedad es grande, la casa es cómoda, ¿acaso espera que le deje algo en el testamento?

—¿Viene muy seguido este Gabriel?

—Todos los días. Es un amor, no sé si hubiera sobrevivido de no ser por él.

—¿No tiene padres de los que ocuparse?

La madre deja de estudiar las líneas de los arbustos para dirigirle una mirada de asombro.

—¿No lo sabías? Se mataron al mes de la muerte de Esteban, en un accidente, allá en la curva del indio.

—No, mamá, no lo sabía, hace años que no tengo noticias de este pueblo.

—Claro, siempre hablamos poco, te falta tiempo.

—En cambio, Gabriel tiene todo el tiempo del mundo, ¿no? Me voy a buscar otra cerveza.

Martina queda con la tijera suspendida, en lo alto, confundida por la reacción de su hija. Paula, a paso vivo, se encamina a la cocina. La detiene la voz materna.

—¡Paula! Ya que estás, bájame el arroz, que yo no alcanzo.

Paula registra el pedido. Le llega otra voz, masculina, desde la leñera.

—Está en la puerta del medio, de la alacena alta, Paula.



Sabe dónde está cada cosa, como si fuera el dueño de la casa. Paula es un torbellino cuando entra a la cocina. Ese Gabriel está usurpando su lugar, quiere rasguñar herencia. Que ella sepa, no hay más que la casa, intocable para él; ¿acaso su madre guarda monedas valiosas, acciones u otros papeles? Cuando su padre murió, ella llevaba diez años fuera, ignora si guardaba ahorros. Baja el arroz que está, por supuesto, donde dijo Gabriel. Lo pone en la mesa, abre la heladera.

—¿Habrás otra cerveza para mí?

No, quisiera decir la mujer, en lugar de abrir la heladera y sacar dos latas. Le pasa una.

—¿Cómo está la capital?

—Llena de transfugas que quieren quedarse con la plata de los demás.

—Eso decía siempre el Esteban, que lo mejor que habíamos hecho era quedarnos en el pueblo, lejos de esa gente.

Si pretende jugar la carta del amigo y las reminiscencias, está perdido con ella. No le responde; en cambio, estudia las ropas que viste. Jeans clásicos, Wrangler, la marca de siempre de los varones del pueblo; la camisa es de las baratas, pero duda que haya mejores por allí; las zapatillas son intermedias. El análisis no le permite deducir si roba a su madre o no.

—¿Cuál es tu trabajo?

—¿Yo?

Paula extiende los labios en una recta; Gabriel se ruboriza.

—Perdón, pensé que tu mamá te había contado, estoy en la estación de servicio.

Cierto, trabajaba con Esteban, inseparables y faltos de ambición; Paula hace el gesto de recordarlo.

—Está bien, Paula, son muchos años, supongo que la ciudad es ajetreada, no da para pensar en el pueblo.

—Creo que tu insinuación me ofende. Yo estoy encima de mamá, aunque viva lejos. La llamo todas las semanas, le ofrezco lo que necesita, me pedí las vacaciones para pasar con ella el cumpleaños de los setenta y ayudarla con la fiesta. No la tengo abandonada, no me olvido de ella.

Gabriel retrocede, asustado por ese ataque verbal. Paula escupe las frases con fuerza. Martina se suma, con el sombrero en la mano; su ingreso coincide con el punto final, encuentra el rostro contrito de





Gabriel y las mejillas rojas de su hija. Paula da un giro y se lleva la lata a la boca. Martina la observa, preocupada.

—Bueno, voy a lo del cura, Martina, de paso ustedes...

Gabriel no dice más, besa la mejilla de Martina, alza la mano en dirección a Paula, y sale por la puerta que da al patio; dará toda la vuelta para ir a la calle.

—Mamá, nunca te pregunté porque jamás me pediste algo, pero, ¿estás bien de dinero?

La madre, extrañada, alza los hombros.

—Sí, hija, no me falta nada. Vivo con las pensiones, con el arrendamiento voy comprando algunas cosas.

Paula registra artefactos que no había cinco años atrás, cuando vino por el velorio de Esteban. Descubre el horno de microondas, un lavarropas nuevo, la misma heladera con dos puertas es flamante. Martina carga agua en una olla mientras continúa el diálogo.

—Mientras tanto, esa plata la voy poniendo en un plazo fijo.

—Uy, pobre, más colas en el banco.

—No, hija, no viviremos en la capital, pero no estamos tan atrasados. No voy al banco, hago todo por internet. Cobro, hago el plazo fijo, pago los servicios. Bah, yo no, lo hace Gabriel, yo no entiendo nada.

Ahí ha saltado el porqué de la dedicación; Paula apoya con fuerza la lata en la mesada.

—¿Gabriel te maneja el dinero? Se debe quedar con todos tus ahorros, mamá.

A punto de encender la cocina, Martina se detiene, caja de fósforos en mano.

—¿Gabriel?, ¿para qué se iba a quedar con...?

Paula echa otro trago, camina alrededor de la mesa.

—Claro, el cuentito del niño sin padres y la mujer sin hijo, la unión conveniente. Te das cuenta, ¿no? Estás reemplazando a Esteban con Gabriel, y él se aprovecha.

Martina abandona las tareas culinarias, se sienta, la cara triste, las manos en el regazo.

—Hija, ¿cómo puedes creer que se puede reemplazar un hijo?

—No será reemplazo, será algo así como una adopción.

—Una adopción es lo mismo que un parto, Paula, ¿y si fueras adoptada?



Paula enmudece, pierde color. Busca apoyo en la pared.

—¿Soy adoptada?

—Claro que no, tus rasgos son los mismos que los de tu padre. Pero podría haber sido así, ¿te hubiera querido menos por eso?

—Yo no me creo el cuento del buen muchacho, mamá, la vida me ha enseñado muchas cosas.

—Ya lo veo. Te ha enseñado a desconfiar, a no creer en la bondad de las personas, a correr atrás del dinero...

Paula intenta dar con una frase justa para cerrar la discusión. Busca inspiración entre las cosas a la vista: las botellas, la lista de tareas de la fiesta, la panera, la bolsa de remedios, el paquete de arroz, el aceite sobre la mesada. Nada la ayuda, será difícil convencer a su madre. Tampoco tiene opciones para ofrecerle, no puede llevársela y cargar con ella en su vida capitalina. Pero debe quitarle la venda de los ojos, nadie hace tanto por nada.

—Una lástima, hija.

—Vamos, mamá, te debe robar en el plazo fijo.

—Querida, Gabriel arrienda el campo que era del papá, mil hectáreas, ¿para qué quiere lo que me entra por las cincuenta que tenemos con tu tía segunda?

—Mamá, ¿mil hectáreas y trabaja en la gasolinera?

—Gasolinera, suena raro, acá le decimos estación de servicio. Gabriel trabaja ahí porque le gusta, pasa gente, charla, se entretiene.

Paula pierde toda contención, la enerva la ceguera de Martina.

—¿Por qué no se busca una mujer, entonces?

La madre queda inmóvil, los ojos claros bien abiertos. Paula adelanta la barbilla, desafiante. Martina no habla. La hija pierde parte de su pose dura ante la falta de reacción de su progenitora. La madre agacha la cabeza, mira las patas de la mesa. Paula se le acerca, intuye que se viene algo importante.

—Pensé que lo sabías, hija, a Gabriel no le gustan las mujeres, como no le gustaban a Esteban.



Paula precisa otra cerveza, pero no se atreve a sacarla delante de su madre, no sea cosa que descubra que tiene problemas con el alcohol. Gabriel es viudo también, comprende; la sacude la revelación, no tiene palabras.

—Me voy a cambiar, mamá, y te ayudo con la comida.

Sale, su madre no la mira, perdida en el pasado. En la habitación, Paula se deja caer sobre la cama. Esteban era gay, primera noticia. Cierra los ojos, se los imagina juntos; intenta borrar las imágenes. Gabriel y Esteban, le suena increíble. Se pregunta si no es ella la que sobra en la ecuación, si Gabriel no tiene más derecho sobre su madre que ella misma. ¿Por qué se le habrá ocurrido proponerle que celebrara los setenta?, ¿qué necesidad había?



## Emigrantes

*José Manuel Casillas Sánchez*

*¿Olvida usted algo? -¡Ojalá!*

Luis Felipe Lomelí

— ¿Cuánto faltará? — La pregunta llegó como un lamento.

— Mucho. — respondió el otro.

Desde hace días aquellos hombres se volvieron inseparables. Han convivido lo suficiente para creer que pueden llegar a ser amigos. Los une una misma procesión en busca de sueños que se desvanecen entre el aire caliente. Un espejo de fuego se extiende infinito y los obliga a fruncir el ceño. El paisaje denso y repetitivo los eleva como a sonámbulos. Empapados de sudor y con las bocas resacas, apenas pronuncian palabra. Cada vez hablan menos. Callan como bestias que piensan. Con paso de moribundo arrastran los pies ampollados y dejan un rastro que se pierde en la inmensidad del desierto. Si alguien llegara a verlo diría que fue una serpiente con su cuerpo ondulante.

La vida que allí florece es escasa, casi inexistente. Llevan ajos en las bolsas del pantalón para ahuyentar alimañas, escapularios con la imagen de un santo que los olvida. Un olor metálico les invade el olfato y el hambre voraz persevera languideciendo sus cuerpos. De vez en cuando cruza alguna lagartija y desaparece. Otras veces las imaginan. No conocen a qué sabe su carne, sólo cómo revientan a pedradas contra la pared. Deben ser ricos como el pollo o el conejo, piensan. La última vez que probaron bocado fue hace dos días y la poca agua que les queda hierve como un caldo. Bajo la sombra de un raquíptico arbusto detienen el paso. El estertor de su respiración no es distinta a la de un perro jadeante. Llevan esperando todo el día una llamada. Eso les dijeron.

— Caminen y no paren de hacerlo. Cruzen una carretera y sigan caminando. Llegarán a creer que no van a ningún lado. Alguien les llamará y entonces sabrán que han llegado—. Las palabras sonaron como un acertijo que debían resolver en el trayecto. Un laberinto sin minotauro ni encrucijadas frente al horizonte insondable. El Coyote solo dijo eso y desapareció en la noche. No contestó preguntas.



El círculo de fuego en el cielo es un dios que se alimenta de inmigrantes abandonados a su suerte. Saborea sus cuellos a lengüetazos antes de que el día se extinga. Vigila con paciencia de buitre y digiere mentalmente a sus víctimas. Los hombres cubren su rostro haciendo visera con las manos y recostados en una plancha caliente que se antoja cama, los seduce un sueño apacible. Necesitan descansar, reponer fuerzas. Es todo lo que necesitan para continuar su viaje. Ya casi, se dicen, ya casi, mientras lentamente se van quedando dormidos y flotan hacia la nada.



## Fábula náutica

*Giuseppe Gatti*

Está claro que todo esto tiene  
lugar en un universo muy  
lejano al mío, sometido a sus  
propias leyes y relaciones, y es  
posible que nuestras órbitas  
jamás tropiecen.

(Salvador Garmendia, *Doble fondo*)

Un ligero sentimiento de  
vergüenza y de culpa [...] por tener  
todavía un poco de aire para  
respirar en el infierno.

(Rodrigo Rey Rosa, *Fábula asiática*)

Antes del amanecer, a lo largo de la costa se escucha subir del mar un llanto coral. Es un lamento parecido al gemido sin esperanza de un recién nacido. El canto cesa sólo un día: el que sigue a las noches de plenilunio.

Los pescadores del lugar afirman que es la voz de las sirenas. El grito de quienes siempre vivieron en los abismos: cara y melena de mujer, cuerpo y garras de pájaro, audacia en los huesos sin peso.

Más lejos, en la bahía más meridional de la franja de acantilados, otros pescadores disienten. Sostienen que los pájaros que lloran no son mujeres tentadoras, sino la reencarnación de los compañeros de Diomedes, héroe antiguo y sin mancha, veterano de la guerra de Troya, cantado por Homero.



Cantó el bardo ciego su muerte, que aconteció en islas remotas entre la península itálica y la blanca orilla de Dalmacia.

Según los hombres y las mujeres de la bahía del sur, la diosa Afrodita, movida a compasión, transformó a los hombres de Diomedes –desesperados por la pérdida de su guía– en pájaros marinos.

Dotados por la diosa de la capacidad de levantar vuelo, esos aventureros aún siguen cuidando de la tumba de su caudillo, convirtiendo su canto de muerte en un gorjeo de sombras.

Para los pobladores de la costa, el alba es el momento de las sorpresas y de la contemplación de los dramas. La playa recibe lo que el mar escupe durante la noche. La madera se aprovecha, el plástico se quema, las algas servirán para preparar buñuelos, los cuerpos –despojados y desnudados– se entierran.

Al despertar después del vendaval, los cuatro hermanos desentierran de la humedad de la arena una botella. El corcho podrido no opone resistencia a la urgencia de los dedos.

En las hilachas del pergamino, la tinta grisácea es un llamado: “Ayúdenme; aquí estoy. La tempestad me arrojó lejos. Una isla desierta me cobija, sin plantas ni animales. Vivo en la orilla, esperando ayuda. Apúrense por favor. No me dejen. Sigo aquí”.

Las olas callan. Así el viento. La hediondez de las algas marchitas, mitigada por la somnolencia del mundo, está al acecho.

“No hay fecha. Es demasiado tarde. ¿Desde hace cuántos días, cuántas semanas, cuántos meses, estará esta botella flotando en el mar?”, dice el mayor de los hermanos, brazos de hierro y piernas duras como mástiles.

“¿Qué isla será? ¿En qué mar se encuentra tan desgraciado lugar? Sin la indicación exacta del sitio, ¿qué búsqueda podemos emprender?”, opina la hermana mayor, muñecas firmes, vista aguda y hábil como su madre en remendar las redes.

“¿Será verdad tanta desgracia? ¿Aún quedan islas desiertas y peladas en nuestros mares? Grande es el mal que provoca quien se burla de hombres honestos”, juzga el hermano menor, cartógrafo reconocido y experto en brújulas y bitácoras.



“Quizás no sea así, mis amados hermanos. ¿Por qué suponer que el tiempo ya se ha agotado para quien confió en el viaje de su botella? Esa lejanía que tanto tememos puede ser un pobre espejismo”, comenta con un hilo de voz la hermana menor, enfermiza y menuda, alejada –por inepta– de anzuelos y arpones.

El silencio abraza la orilla y es imposible buscar pecados, porque nadie allí sabe reconocerlos. Ni inventarlos.

“Este llamado viene de todas las islas, hermanos. De todas las bahías y todas las orillas”, la voz es un suspiro que emerge del limbo cotidiano de su transparencia.

“¿No sientes en la piel, hermana, el aire vencido? Trueno y tormenta se avecinan. ¿Cómo podría concederte mi barco? Se haría trizas en el ojo del viento”. Así habló el mayor de los hermanos, el primer día después del hallazgo, negando a la hermana menor, enfermiza y menuda, la posibilidad de ponerle proa al mar.

Ruge el viento. Gritan las olas. La luna, muda, se esconde y sólo se adivina por su reflejo en el mar.

“La proa de mi barco conoce el rumbo de las islas, mas el cielo se va poniendo azabache y zarpar bajo esta bóveda sería entrar para siempre en la borrasca”. Así habló el menor de los hermanos, el segundo día después del hallazgo, negando a la hermana menor, enfermiza y menuda, la posibilidad de ponerle proa al mar.

Ruge el viento. Gritan las olas. Los relámpagos son chorros de plata.

“Cuida de tu vida, hermana. No te dejes a merced del vendaval. Viento, agua y sal te harán ciega. Escuchar deberías a nuestros hermanos, que temen verte sucumbir al céfiro”. Así habló la mayor de las hermanas, el tercer día después del hallazgo, negando a la hermana menor, enfermiza y menuda, la posibilidad de ponerle proa al mar.

Ruge el viento. Gritan las olas. Las sombras de la noche temen el alba.





Ruge el viento. Gritan las olas. El hedor de la putrefacción envuelve las rocas. Se cuele el silencio entre los hermanos sentados en círculo. Se apaga la hoguera. La verdad negada les impide el movimiento.

Entra al agua la hermana menor. No mira atrás. Su vestido blanco se empapa y pesa como un ancla. Sube del mar el gemido de las sirenas. Lloran los pájaros alrededor de la tumba del héroe.



## De dioses y hombres

*Laura Jaqueline Serrano Conrique*

*México*

*scjaqui@gmail.com*

Se alzó en el valle sagrado, sobre la antigua casa del dios del agua, el corazón de un hombre que lejos de ser martirizado por el colosal sacrificio, fue en entrega voluntaria lo que lo llevó a tal hazaña. El órgano vital sería ofrendado a los más altos dioses y estos seguirían dando al pueblo las bendiciones de la tierra o al menos, hasta el momento eso se creyó.

Habían pasado ya temporadas grandes de sequía y hambruna en las que gran parte de la población había enfermado y muerto y ni siquiera el curandero más prestigioso había podido encontrar la cura.

Las madres entregaban a sus hijos, ¿qué más daba ya si morían en la mesa del sacrificio o de hambre? Era preferible morir honrosamente que en las manos del maleficio que les representaba la escasez y la enfermedad.

A diario, rodaban por las escalinatas un sin fin de cabezas que posteriormente eran colocadas en el tzompantli con la esperanza de que en el tiempo siguiente las cosas volvieran a ser como antes, cuando la tierra era fértil.

Los señores principales, desesperados ya, debieron tomar una drástica medida que quizá surtiría el efecto esperado por todos desde hacía tanto. Ninguno sabía si lo fraguado era óptimo, sin embargo, atados por el sufrimiento del pueblo, quedaron sin salida.

Los sacrificios de los vencidos no eran suficientes, sus dioses exigían más sangre ya sin rodeo, sin juegos, pero no exigían ya cualquier sangre, querían tomar sangre sagrada, humo que se elevara más alto.



La gente no sabía si los dioses ascendían más o ellos eran quienes se dirigían al inframundo. Tanta distancia entre ellos. Sus basamentos altísimos ya no eran suficientes para siquiera estar más cerca de las fuerzas creadoras y era necesario recurrir a más allá de la élite para el sacrificio ¿Acaso no debían ellos estar a disposición de los dioses mayores? Era tiempo de hacerse valer.

II

Del otro lado, en Tlaxcallan, corría sangre lejos de las construcciones. Armas de fuego que los habitantes desconocían les destrozaban la cabeza y las entrañas. Desde hacía tiempo se habían escuchado rumores del regreso de la serpiente revestida de plumas de quetzal, pero esa supuesta llegada no había traído grandes beneficios como se había pronunciado a la partida del Señor de la Aurora. Se decía que habían llegado montados en grandes balsas y que con ellos llevaban gente de diferente color al suyo, casi tan blancos todos como un destello de luz. Los hombres habían llegado al Altiplano Central para permanecer y tomar su trono como las sabias profecías lo habían augurado, sin embargo, nadie se imaginó la desventura que el regreso del dios iba a casar en la tierra.

Los de Tlaxcallan habían sido cruelmente asesinados lejos de la mesa sacrificial dejando con eso sin valor alguno su muerte. Los pocos cientos que quedaron insistían en los sacrificios tradicionales, pero los hombres-luz no lo permitieron.

Los *luminosos* llevaban consigo a una mujer hermosa quien les ayudaba con la interpretación entre unos y otros. Después de tanto conversar con ella, los sacerdotes de Tlaxcallan acordaron llevar a los hombres-luz al Altiplano Central a cambio de paz sobre su pueblo. Bastante era ya la escasez que se estaba viviendo.



### III

Fueron recibidos con loas los señores de la luz en Texcoco. Las mujeres y los niños los llenaban de ofrendas y perfumes y los conducían hacia el basamento principal en el cual los esperaba el gran Tlatoani. Uno a uno subieron las empinadas escalinatas del colosal monumento. A su llegada, el gran Tlatoani hizo una reverencia y éstos con el pecho hinchado, la recibieron sin responder.

Una majestuosa vista se presentaba ante los ojos de todos los que allá arriba estaban. Las antorchas encendidas, los mozos escoltando con sus lanzas en firme posición, los señores que encarnaban a la serpiente emplumada y el gran Moctezuma, solos, allá arriba y la multitud expectante a los pies del basamento.

Los mozos de la escolta del Tlatoani tomaron con fuerza uno a uno a las extensiones del dios Quetzalcóatl. El gran Moctezuma dirigió unas palabras al cielo y tomando por la fuerza al principal de los señores luz, lo recostó sobre la piedra de sacrificio. Ignorando los bruscos movimientos del principal, el Tlatoani le abrió con el cuchillo de obsidiana el pecho y extrajo el corazón latiente del hombre. Y así lo hizo con todos lo que habían venido de la aurora. El dios Quetzalcóatl había sido dignamente sacrificado, enmendando así, su repentina huída al casi inicio del mundo.

Se había sacrificado al gran dios.

### IV

Acontecido el sacrificio, recién cumplidos los cincuenta y dos años para la renovación del ciclo, la tierra comenzó a humedecerse con las bondades del agua que caía del cielo fertilizándola después de mucho haber estado yerma.